

INFORME DE HOY

Leticia y Tabatinga

B4

“la verraquera más grande do mundo”

En el tripe amazónico no sólo se esconden historias de la selva. Hay el híbrido de una lengua que parece inventada desde siempre y la suma de colombianos y brasileños hechos, a simple vista, una misma nación.

Por ANDREA PENA
ENVIADA ESPECIAL

COLECCIÓN TABATINGA, BRASIL

A Leticia y Tabatinga se les dice Amazonas, y da lo mismo hablar en español o en portugués.

Si usted compra una gaseosa “Rio” con un billete de mil pesos, es igual que pagar una Manzana Postobón con un real. Unidas por una selva cargada de historias indígenas y el pesado caudal de un río, Colombia y Brasil son allí una sola, sin fronteras.

Así termina el país que le reza al Divino Niño y comienza la gigante nación devota al Cristo de Corcobado. La diferencia de nacionalidades sólo la delata el documento de identificación: “República Federativa do Brasil” dicen unas; “República de Colombia” se lee en las otras.

“Aquí todo es mágico y todo es llamativo, aunque a nadie le parezca el paraíso”, dice Tediá Vega Cachique, una amazónica de 49 años que *miza um fraternal carinho* a sus vecinos brasileños cuando le compran pan todos los días en su negocio. Está ubicada en el pueblito central de Leticia, donde pagan duro los 30 grados de temperatura que, parece, tratan al mismo tiempo que la humedad de la tierra.

La piel morena y brillante de Tediá está teñida con la raza de tres países. El azar de una guerra y la bendición de la selva su madre, doña María, era una brasileña que fue conquistada por un hombre de Florida (Flórida), veterano del conflicto colombiano-peruano en 1932.

Su abuelo materno combatió en la misma guerra a nombre del Perú y fue llamado al servicio desde Lamas, una ciudad noroeste. Su bautizo fue en el río Amazonas, sin maestro de ceremonia, apenas con una tohuna recién curada.

Ella tiene razón, el Amazonas puede no parecer el paraíso si se mira como complejo turístico, como “vivadero”, como sitio de diversión o como emporio modernista típico en una capital.

Pero el Amazonas es mágico cuando cientos de loros o “pigüiches” llegan escandalosos a posarse en los árboles de Leticia. Y es muy llamativa cuando un brasileño pregunta en portugués y el colombiano entiende y le responde en español. O cuando hablan en la mezcla de los dos, “el portuñol”.

De las épocas brujantes del narcotráfico sólo quedó el coleccionismo de Mike Tsalkicis, un griego sindicado de tráfico con pieles y droga, anterior dueño de una agencia de viajes, la famosa isla de Los Micos y varios terrenos y edificaciones, en una de las cuales, en proceso de extracción de dominio, se construyó un Hotel Decameron cinco estrellas.

El otro gran capo de las drogas fue Evaristo Porras, quien recuperó su libertad luego de varios años en prisión. Pero esto quedó igual que otros lugares del país después de que el narcotráfico los dejó hechos una belleza... casas sin terminar, mucha gente desempleada y la misma corrupción de siempre”, dice Karine Donato, una brasileña descendiente que trabaja como empleada en la Gobernación.

Una mirada a Tabatinga

En Leticia, cinco reales (cinco mil pesos colombianos) son suficientes para alquilar una hora de moto y llegar a Tabatinga para comprar dulces Garotos que valen cinco reales. También se consigue cachaza de dos reales

para preparar coctel de caipirinha: o artesanías de plumas vistosas que hacen a mano los indios Tikunas por tres mil pesos colombianos.

En las noches, una lluvia llamada “esponja-bobos” no perdona a los casi 38 mil habitantes que a las siete de la noche de un día entre semana, prenden sus televisores para sintonizar la transmisión del reinado de “gatos” (jovenetas) que desfilan en el Carnaval de Río de Janeiro, en Brasil, el próximo 22 de febrero.

Mientras las mujeres de Tabatinga se enteran con el desfilé de las espectaculares gorras, que demuestran su fuerza para sostener los disfraces de hasta 40 kilos, los muchachos jóvenes salen a montar en moto, jugar “punchados” o improvisan una cancha de fútbol para jugar un partido antes de dormir, tal como lo hace Arnaldo, un brasileño de 13 años, raza negra y ojos verdes.

“Río queda muy distante e bonito”, dice el muchacho y fue lo único que entendió un grupo de turistas colombianos del interior con oídos novatos en portugués. Arnaldo tuvo que interrumpir su partido con cinco niños lecheros para satisfacer la curiosidad de los turistas que se morían por escuchado hablar.

El joven, sin muestras de timidez, comienza a hablar rápido con ese acento de sonidos guturales y esos que suenan como “selibh”.

Según sus compañeros (que se aburren después de cinco minutos de traducir), estudia en una escuela de su país cerca al hospital, en una guardería del Ejército brasileño, y vive en una casa de

madera vieja en compañía de otras dos familias.

“Como él, mucha gente que vive en la frontera es demasiado pobre, no tiene servicios, no tiene dónde estudiar y vive de pescar ganitana, dize o lo que se aparece”, cuenta Rodolfo Cárdenas, un paisa de Armenia que se enamoró del Amazonas y que sabe la diferencia entre vivir en el interior y el extremo sur de Colombia, pues desde hace dos años montó un restaurante sin nombre en este lugar.

Frente al negocio de Rodolfo está la calle principal que une a Leticia con Tabatinga, una línea de asfalto de doble vía que más parece una autopista exclusiva para motos que la frontera terrestre con Brasil.

En la mitad de la calle, conocida coloquialmente como “La Principal”, árboles de pomarosa dejan caer tiritas lucas que se riegan en el piso como así serpentina y conjetas de colores después de una gran fiesta.

Allí ya no huele a tierra y a selva, sino a cemento y a humo negro de carros y basura que

mada.

“Ben vindos ao Tabatinga”, dice una lámina de lata mal pintada a la entrada del Brasil. A lado y lado, tiendas de abarrotes, montallantas, discotecas de nombres sugestivos, pescaderías, dulcerías, lotes abandonados, un banco local, un hospital y un batallón del Ejército, todos con avisos en estricto portugués.

Desde el “Scandalosas” en neón de colores hasta el muy serio amarillo con azul del “Banco do Brasil”.

En los estantes de los almacenes, fácilmente se puede leer una crema dental en el que se ve “Tripla Açao”, al lado de un jabón que tiene “fórmula mejorada con glicerina y extracto de almendras”.

En Tabatinga no se escucha la samba y la batucada. “Noooooo qué val, Aquil se oye vallenato, salsa, merengue, reguetón.

Los ritmos del Brasil que todo el mundo conoce son muy exóticos y se escuchan en casos muy particulares como en los carnavales y en algunas ciudades, aunque si escuchamos ritmos con letras en portugués”, relata Marina Vilamizar, una abogada bogotana que conoce como nadie el Amazonas y vive en Tabatinga hace un año.

El hombre de la isla

Todo parece estar en calma y los incidentes no abundan. Aunque hay algunos en esta zona en la que colindan tres países. Hace tres años, un hombre llegó a

una isla de 35 hectáreas cerca de la reserva de “Los Micos”, construyó su casa, puso un asta e izó la bandera de Colombia. Dias después, aparecieron miembros de las fuerzas militares de Perú, bajaron la bandera y le advirtieron al hombre que si reincidía, la volverían a bajar. El hombre volvió a subir la bandera y los militares regresaron. El resultado, Ellos se la quemaron.

El isleño demandó al gobierno peruano y armó la grande hasta que miembros de la cancillería colombiana llegaron al Amazonas para evaluar el caso. Se hicieron estudios geográficos, se revisaron los límites fronterizos y determinaron que, en efecto, la isla pertenecía a territorio colombiano. Después de esto el patriota siguió izando la bandera todas las mañanas y el, solo, canta el himno nacional.

En Leticia y Tabatinga, todo está lejos y todo está cerca. “A las dos semanas de estar aquí atendí el parto de una tikumita que no alcanzó a llegar hasta su maloca, después tuve que llevarla en una canoa, atravesar a lo ancho el Amazonas y devolverme. Pregúnteme cómo lo hice. No sé, abrir y cerrar los ojos esa noche daba lo mismo”, dice Lima

Pereira, una médica bogotana de la universidad Javeriana que hace su año rural en esta zona.

Igual, así esté en el extremo sur, el país se refleja en Leticia.

Al gobernador del Amazonas, José Tomás Guzmán, se le adelantaron varios procesos en su contra y al alcalde de Leticia, Juan Carlos Velásquez, le acaban de levantar una sanción que lo dejó por fuera de su cargo durante tres meses. Así mismo, dos de los tres colegios del pueblo no funcionan por falta de recursos y la vía desastrosa que conduce a Tarampoc, un municipio que se retiró de la Amazonia, aparece en los registros del Invia como totalmente pavimentada.

“Eso no le quita la paz, ni la magia, ni la maravilla, ni el misticismo de su selva, ni de su gente”, insiste doña Tediá que camina hacia su casa por la avenida que lleva el nombre de la hoja más grande del mundo, exclusiva del Amazonas, la Victoria Regia.

“Y Capax? Sigue como guía de excursiones, en la selva, nadando como siempre, buscando quien lo patrocine”, responde ella.

A las once de la noche, la lluvia de siempre cae sobre Tabatinga y Leticia. Las dos duermen al tiempo. A las cinco de la mañana vuelven a despertar. Los pescadores salen a su faena diaria y un par de horas después ya funciona el comercio. A las ocho, el himno nacional de Colombia suena imponente desde el parque principal de Leticia. La gente se pone firmes. Alguno de ellos puede ser perfectamente un brasileño que lo entona en “portuñol”. Es probable que en Tabatinga suceda lo contrario. Al fin y al cabo, son una sola: “la verraquera más grande do mundo”.

verían a bajar. El hombre volvió a subir la bandera y los militares regresaron. El resultado, Ellos se la quemaron.

El isleño demandó al gobierno peruano y armó la grande hasta que miembros de la cancillería colombiana llegaron al Amazonas para evaluar el caso. Se hicieron estudios geográficos, se revisaron los límites fronterizos y determinaron que, en efecto, la isla pertenecía a territorio colombiano. Después de esto el patriota siguió izando la bandera todas las mañanas y el, solo, canta el himno nacional.

En Leticia y Tabatinga, todo está lejos y todo está cerca. “A las dos semanas de estar aquí atendí el parto de una tikumita que no alcanzó a llegar hasta su maloca, después tuve que llevarla en una canoa, atravesar a lo ancho el Amazonas y devolverme. Pregúnteme cómo lo hice. No sé, abrir y cerrar los ojos esa noche daba lo mismo”, dice Lima

Pereira, una médica bogotana de la universidad Javeriana que hace su año rural en esta zona.

Igual, así esté en el extremo sur, el país se refleja en Leticia.

Al gobernador del Amazonas, José Tomás Guzmán, se le adelantaron varios procesos en su contra y al alcalde de Leticia, Juan Carlos Velásquez, le acaban de levantar una sanción que lo dejó por fuera de su cargo durante tres meses. Así mismo, dos de los tres colegios del pueblo no funcionan por falta de recursos y la vía desastrosa que conduce a Tarampoc, un municipio que se retiró de la Amazonia, aparece en los registros del Invia como totalmente pavimentada.

“Eso no le quita la paz, ni la magia, ni la maravilla, ni el misticismo de su selva, ni de su gente”, insiste doña Tediá que camina hacia su casa por la avenida que lleva el nombre de la hoja más grande del mundo, exclusiva del Amazonas, la Victoria Regia.

“Y Capax? Sigue como guía de excursiones, en la selva, nadando como siempre, buscando quien lo patrocine”, responde ella.

A las once de la noche, la lluvia de siempre cae sobre Tabatinga y Leticia. Las dos duermen al tiempo. A las cinco de la mañana vuelven a despertar. Los pescadores salen a su faena diaria y un par de horas después ya funciona el comercio. A las ocho, el himno nacional de Colombia suena imponente desde el parque principal de Leticia. La gente se pone firmes. Alguno de ellos puede ser perfectamente un brasileño que lo entona en “portuñol”. Es probable que en Tabatinga suceda lo contrario. Al fin y al cabo, son una sola: “la verraquera más grande do mundo”.

verían a bajar. El hombre volvió a subir la bandera y los militares regresaron. El resultado, Ellos se la quemaron.

El isleño demandó al gobierno peruano y armó la grande hasta que miembros de la cancillería colombiana llegaron al Amazonas para evaluar el caso. Se hicieron estudios geográficos, se revisaron los límites fronterizos y determinaron que, en efecto, la isla pertenecía a territorio colombiano. Después de esto el patriota siguió izando la bandera todas las mañanas y el, solo, canta el himno nacional.

En Leticia y Tabatinga, todo está lejos y todo está cerca. “A las dos semanas de estar aquí atendí el parto de una tikumita que no alcanzó a llegar hasta su maloca, después tuve que llevarla en una canoa, atravesar a lo ancho el Amazonas y devolverme. Pregúnteme cómo lo hice. No sé, abrir y cerrar los ojos esa noche daba lo mismo”, dice Lima

Pereira, una médica bogotana de la universidad Javeriana que hace su año rural en esta zona.

Igual, así esté en el extremo sur, el país se refleja en Leticia.

Al gobernador del Amazonas, José Tomás Guzmán, se le adelantaron varios procesos en su contra y al alcalde de Leticia, Juan Carlos Velásquez, le acaban de levantar una sanción que lo dejó por fuera de su cargo durante tres meses. Así mismo, dos de los tres colegios del pueblo no funcionan por falta de recursos y la vía desastrosa que conduce a Tarampoc, un municipio que se retiró de la Amazonia, aparece en los registros del Invia como totalmente pavimentada.

“Eso no le quita la paz, ni la magia, ni la maravilla, ni el misticismo de su selva, ni de su gente”, insiste doña Tediá que camina hacia su casa por la avenida que lleva el nombre de la hoja más grande del mundo, exclusiva del Amazonas, la Victoria Regia.

“Y Capax? Sigue como guía de excursiones, en la selva, nadando como siempre, buscando quien lo patrocine”, responde ella.

A las once de la noche, la lluvia de siempre cae sobre Tabatinga y Leticia. Las dos duermen al tiempo. A las cinco de la mañana vuelven a despertar. Los pescadores salen a su faena diaria y un par de horas después ya funciona el comercio. A las ocho, el himno nacional de Colombia suena imponente desde el parque principal de Leticia. La gente se pone firmes. Alguno de ellos puede ser perfectamente un brasileño que lo entona en “portuñol”. Es probable que en Tabatinga suceda lo contrario. Al fin y al cabo, son una sola: “la verraquera más grande do mundo”.

verían a bajar. El hombre volvió a subir la bandera y los militares regresaron. El resultado, Ellos se la quemaron.

El isleño demandó al gobierno peruano y armó la grande hasta que miembros de la cancillería colombiana llegaron al Amazonas para evaluar el caso. Se hicieron estudios geográficos, se revisaron los límites fronterizos y determinaron que, en efecto, la isla pertenecía a territorio colombiano. Después de esto el patriota siguió izando la bandera todas las mañanas y el, solo, canta el himno nacional.

En Leticia y Tabatinga, todo está lejos y todo está cerca. “A las dos semanas de estar aquí atendí el parto de una tikumita que no alcanzó a llegar hasta su maloca, después tuve que llevarla en una canoa, atravesar a lo ancho el Amazonas y devolverme. Pregúnteme cómo lo hice. No sé, abrir y cerrar los ojos esa noche daba lo mismo”, dice Lima

Pereira, una médica bogotana de la universidad Javeriana que hace su año rural en esta zona.

Igual, así esté en el extremo sur, el país se refleja en Leticia.

Al gobernador del Amazonas, José Tomás Guzmán, se le adelantaron varios procesos en su contra y al alcalde de Leticia, Juan Carlos Velásquez, le acaban de levantar una sanción que lo dejó por fuera de su cargo durante tres meses. Así mismo, dos de los tres colegios del pueblo no funcionan por falta de recursos y la vía desastrosa que conduce a Tarampoc, un municipio que se retiró de la Amazonia, aparece en los registros del Invia como totalmente pavimentada.

“Eso no le quita la paz, ni la magia, ni la maravilla, ni el misticismo de su selva, ni de su gente”, insiste doña Tediá que camina hacia su casa por la avenida que lleva el nombre de la hoja más grande del mundo, exclusiva del Amazonas, la Victoria Regia.

“Y Capax? Sigue como guía de excursiones, en la selva, nadando como siempre, buscando quien lo patrocine”, responde ella.

A las once de la noche, la lluvia de siempre cae sobre Tabatinga y Leticia. Las dos duermen al tiempo. A las cinco de la mañana vuelven a despertar. Los pescadores salen a su faena diaria y un par de horas después ya funciona el comercio. A las ocho, el himno nacional de Colombia suena imponente desde el parque principal de Leticia. La gente se pone firmes. Alguno de ellos puede ser perfectamente un brasileño que lo entona en “portuñol”. Es probable que en Tabatinga suceda lo contrario. Al fin y al cabo, son una sola: “la verraquera más grande do mundo”.

verían a bajar. El hombre volvió a subir la bandera y los militares regresaron. El resultado, Ellos se la quemaron.

El isleño demandó al gobierno peruano y armó la grande hasta que miembros de la cancillería colombiana llegaron al Amazonas para evaluar el caso. Se hicieron estudios geográficos, se revisaron los límites fronterizos y determinaron que, en efecto, la isla pertenecía a territorio colombiano. Después de esto el patriota siguió izando la bandera todas las mañanas y el, solo, canta el himno nacional.

En Leticia y Tabatinga, todo está lejos y todo está cerca. “A las dos semanas de estar aquí atendí el parto de una tikumita que no alcanzó a llegar hasta su maloca, después tuve que llevarla en una canoa, atravesar a lo ancho el Amazonas y devolverme. Pregúnteme cómo lo hice. No sé, abrir y cerrar los ojos esa noche daba lo mismo”, dice Lima

Pereira, una médica bogotana de la universidad Javeriana que hace su año rural en esta zona.

Igual, así esté en el extremo sur, el país se refleja en Leticia.

Al gobernador del Amazonas, José Tomás Guzmán, se le adelantaron varios procesos en su contra y al alcalde de Leticia, Juan Carlos Velásquez, le acaban de levantar una sanción que lo dejó por fuera de su cargo durante tres meses. Así mismo, dos de los tres colegios del pueblo no funcionan por falta de recursos y la vía desastrosa que conduce a Tarampoc, un municipio que se retiró de la Amazonia, aparece en los registros del Invia como totalmente pavimentada.

“Eso no le quita la paz, ni la magia, ni la maravilla, ni el misticismo de su selva, ni de su gente”, insiste doña Tediá que camina hacia su casa por la avenida que lleva el nombre de la hoja más grande del mundo, exclusiva del Amazonas, la Victoria Regia.